



Las once mil vírgenes

UNA LEYENDA PUERTORRIQUEÑA, 1797

En el año 1797, cuando los piratas, al mando de sus navíos, se habían adueñado de los mares, vivía un general inglés llamado Sir Ralph Abercromby. Abercromby había navegado hacia el Mar Caribe con una flota de más de sesenta velas y un ejército de 14.000 hombres. A su llegada, se apoderó fácilmente de la isla de Trinidad y alentado por tal hazaña, se propuso conquistar más territorios para Inglaterra. Se dirigió, pues, a Puerto Rico, la hermosa colonia española y ese mismo año ancló sus velas frente a Boca de Cangrejos, cerca de San Juan, la capital de la isla.

Don Ramón de Castro, gobernador de Puerto Rico en aquel tiempo, sorprendido ante la súbita aparición de los buques de guerra y temiendo un ataque formidable, colocó a sus tropas en estado de alerta. Se hicieron preparativos para la defensa de la ciudad. Se bloqueó el puente de San Antonio, acceso único a la capital. Grupos de baterías en lanchas cañoneras rodearon la ciudad amurallada. Se enviaron patrullas montadas a los campos circunvecinos para evitar el saqueo del enemigo. Por último, se les ordenó a los niños, las mujeres y los ancianos evacuar la ciudad. Sólo los hombres fuertes permanecieron para defender San Juan. El obispo Trespalacios, quien regía entonces la diócesis, ayudó al gobernador no tan sólo con dinero, sino inclusive poniendo personal eclesiástico a disposición del mismo para luchar en el frente. Así la cruz y la espada se unieron para combatir al enemigo.

Fue imposible evitar el desembarco de las tropas inglesas, porque los navíos anclados barrían las playas con su metralla, lo que permitió que cientos de botes trajesen a los mercenarios a tierra firme. El general Abercromby situó su cuartel general muy cerca de la ciudad. Alentado por su buena ubicación, continuó hacia el oeste con la determinación de seguir adelante hasta llegar al puente de San Antonio. A su llegada, sin embargo, se vio forzado a detenerse. La cortina de fuego que provenía del fortín San Antonio y del fuerte San Gerónimo, un poco más al norte, era formidable. Fue entonces que el ejército inglés se atrincheró en Miramar y en el Condado, las áreas más cercanas a la ciudad. Comenzó entonces una violenta batalla. El fuego de los cañones ingleses era recio y sostenido, pero la defensa no cedía. Durante doce días de lucha continua hubo caos y destrucción, pero ninguno de los bandos obtuvo el triunfo.

Al decimotercer día, el juez diocesano fue a hablarle al obispo.

—Su Ilustrísima —le dijo—, los hombres que defienden la ciudad están muy cansados, su número es mucho menor que el de los ingleses y se teme que la ciudad sucumba. En estos momentos sólo un milagro nos salvaría. ¿Por qué no organizamos una rogativa para implorar el auxilio del cielo?

—Me parece una gran idea —contestó el obispo Trespacios—. Haremos una rogativa dedicada a Santa Catalina por ser la santa del día y a Santa Úrsula y las once mil vírgenes, de quienes soy devoto especial.

Así se decidió que toda la ciudad participaría en el magnífico acontecimiento. Convocados por el repique de las campanas de todas las iglesias, pobres, ricos, campesinos, soldados y sacerdotes llevarían velas o antorchas en una larga procesión encabezada por el obispo, el cabildo eclesiástico, y las autoridades de la ciudad. Saldrían de la Catedral y recorrerían las calles de la capital durante toda la noche. Al romper el alba regresarían al punto de partida para celebrar una misa cantada con acompañamiento de orquesta.

De esa forma, en la tarde del decimotercer día de sitio, al ponerse el Sol, se llevó a cabo la procesión. Los espías ingleses que vigilaban desde las trincheras se dieron cuenta de una actividad y movimiento poco usual en la ciudad. Oían un misterioso coro de campanas que repicaban fuerte e incesantemente. También observaron numerosas luces que se movían hacia

el oeste. Preocupado, un centinela fue a avisar al general Abercromby.

—Estarán recibiendo refuerzos de los campos —dijo Abercromby—. Nuestras fragatas, a la entrada del puerto, no pueden acercarse más debido al cañoneo incesante procedente de las baterías del gran fuerte que custodia la bahía de San Juan. Incrementemos la ofensiva, tanto en Miramar como en el Condado —ordenó—, ¡y sostengamos el fuego de mosquetería contra las lanchas cañoneras!

Las órdenes del general fueron acatadas y durante tres horas se intensificó despiadadamente la ofensiva inglesa. A medianoche volvió el centinela a hablar con el general.

—Las luces dentro de la ciudad se multiplican y ahora, ¡pareciera que vienen hacia nosotros!

El general llamó a su estado mayor.

—Hemos luchado durante mucho tiempo sin avanzar ni una pulgada. La defensa de la ciudad no parece haberse debilitado. El agua de que disponemos es muy mala y la disentería comienza a hacer estragos en nuestras tropas. Parecería que refuerzos procedentes de los campos han venido a socorrer la capital. Creo, pues, que ha llegado el momento de retirarnos y dar la orden de embarque.

Los oficiales estuvieron de acuerdo



unánimemente y se tomó una decisión definitiva. Al amanecer del primero de mayo se había levantado el sitio.

Mientras tanto en la Catedral tuvo lugar la misa cantada. Luego, todas las voces entonaron al unísono el himno *Te Deum* y el obispo Trespalacios pronunció un largo sermón. Los que estaban allí juraron que el triunfo se debió a la intervención de Santa Úrsula y las once mil vírgenes. Afirmaron que en esa noche memorable de oraciones y esperanza, los cañones ingleses dispararon más balas que nunca, balas que no llegaron a su destino sino que misteriosamente se volvieron contra los sitiadores. Dicen que cuando la larga procesión de sacerdotes, soldados y campesinos, que llevaban velas y antorchas encendidas, finalmente entró en la catedral, terminó repentinamente el bombardeo y los ingleses desaparecieron.

Algunos dicen que fue la tenacidad y experiencia de la pequeña tropa española lo que salvó la ciudad. Otros, que fue la valentía y lealtad de la oleada interminable de campesinos armados que vinieron a socorrerla. Sin embargo, hay quienes fervientemente creen en la intervención de Santa Úrsula y las once mil vírgenes.